

Escrito por: señoreduardo

Resumen:

Al día siguiente, en el primer recreo, encendí el móvil y vi que tenía un mensaje de don Natalio: "Venite hoy a la cinco". Fui y lo primero que me dijo fue que le contara si había estado con doña Lola y qué había pasado. -Usted tenía razón, don Natalio... Es... es muy perversa...

Relato:

-¡Ah, mirá vos! ¡contame, perrita! ¡contame! –me exigió y le conté, mirando al piso por la vergüenza, todo lo que había pasado. Él estalló en una carcajada y dijo mientras mis mejillas parecían a punto de encenderse en llamas: -¡Pero, claro! ¡Jorgelina! ¡jajajajajajajaja! ¡No se nos había ocurrido con Álvaro! Pero sí, a partir de ahora sos Jorgelina, si sos casi una chica de tan lindo, ¿eh, Jorgelina? –y volvió a reír justo en el momento en que sonaba el timbre. Fue a abrirle al veterinario y cuando éste estuvo en el dormitorio me dijo: -Vamos, Jorgelina, contale al señor lo de esa vieja.

-¿Jorgelina? –preguntó, intrigado, el señor Álvaro.

-Sí, se llama Jorge pero ya te va a contar. ¡Vamos, perrita, contale al amigo Álvaro! Pero antes desnúdate, vamos.

Me desvestí y mi dueño me puso el collar ante la impaciencia del señor Álvaro. Cuando le conté lanzó una carcajada e inmediatamente convinieron que desde ese momento me iban a llamar Jorgelina. Me sentí humillado, pero también muy excitado ante esa feminización de mi nombre por idea de doña Lola y que ambos hombres hacían propia. Mi esclavización se iba acentuando y se hacía cada vez más perversa.

-A ver, subí a la cama, Jorgelina, quiero ver cómo está ese agujero. Obedecí, me puse en cuatro patas y el señor Álvaro me abrió las nalgas para que mi dueño pudiera ver mi orificio.

-¡Está perfecto! ¡bien rosadito!

-¡A darle, entonces, mi amigo! –e inmediatamente se desvistieron.

-¿Qué agujero elige, Álvaro?

-El culo, si no le molesta, Natalio...

-No, ¿qué va a molestarme? Además, usted no sé, pero yo tomé viagra...

-¡Yo también, Natalio! ¡jajajajajajaja!, así que después cambiamos... Don Natalio se ubicó de pie ante mí blandiendo su pene semierecto.

-Vamos, Jorgelina, dale unos besitos... -me ordenó y después de unos besos en el glande y el tronco el pene se mostró bien parado y así mi dueño me lo metió en la boca profundamente, hasta provocarme arcadas. Lo retiro un poco y comencé a chupárselo justo en el momento en que me entraba el ariete del señor Álvaro hasta el fondo de mi culo hambriento. Sus huevos golpeaban rítmicamente contra mis nalgas y yo seguía mamando hasta que de pronto y casi al mismo tiempo sentí los chorros de semen en el culo y en la boca, mientras ellos rugían como animales y caían sobre la cama. Yo quedé temblando unos segundos y después también me derrumbé

excitadísimo, con el pito erecto y muchas ganas de masturbarme, aunque sabía que me era imposible hacerlo sin permiso.

Entonces ocurrió algo imprevisto. Sonó el timbre y mi dueño y el señor Álvaro saltaron de la cama sobresaltados.

-¿Espera a alguien, Natalio?

-No. Contestó don Natalio mientras se vestía apresuradamente e iba hacia la puerta. El señor Álvaro también se vistió y me mandó a esconderme en el baño.

Desde allí escuché, asombrado, la voz de doña Lola que hablaba con don Natalio y con el señor Álvaro. Fue éste quien abrió la puerta del baño: -Salí, Jorgelina. -me dijo y yo salí, coloradísimo de vergüenza, justo para oír que doña Lola la decía a don Natalio: -Pienso que sería bueno dominar a Jorgelina entre los tres, ahora que sé que también le da pija este otro señor. -y señaló al veterinario.

Yo escuchaba el diálogo deseando que la tierra se abriera bajo mis pies y me tragara. Los tres hablaban de mí como un objeto o como un animal doméstico, como una mascota.

-Me parece muy bien lo que usted propone, señora. -dijo don Natalio.

-¿Y usted qué opina, Álvaro?

-Estoy de acuerdo... -aprobó el señor Álvaro mientras yo me daba cuenta de que doña Lola me devoraba con los ojos.

-Qué linda se la ve con ese collar... -dijo la vieja.

-Sí, le queda muy bien porque es una perrita. -coincidió don Natalio.

-¿Ustedes la usan como sirvienta? -quiso saber doña Lola.

Los dos hombres se miraron y fue Álvaro quien contestó: -No... no se nos había ocurrido.

-¡Ah, no, tienen que aprovecharla! -sugirió doña Lola. -No saben lo buena sirvienta que es, muy prolijita, muy ordenada.

-No estaría mal... -dijo don Natalio. -La verdad es que a veces me agota ocuparme de la limpieza. A partir de ahora vas a ser mi sirvienta, Jorgelina.

-Sí, don Natalio, lo que... lo que usted quiera... -acepté sumisamente y excitadísimo ante lo que estaba ocurriendo.

-¿Y usted, Álvaro? -quiso saber don Natalio.

-Y bueno, sí, me interesa tener una sirvienta.

-Bueno, Jorgelina, sos la sirvienta de los tres. Ya vamos a arreglar qué días nos atendés a cada uno. -determinó don Natalio.

-A mi casa va los lunes, miércoles y viernes a las dos de la tarde.

-aclaró doña Lola. -Así que arréglense entre ustedes. -dijo mostrando una firmeza de carácter que la fragilidad de su figura no permitía imaginar.

-Nos arreglaremos sin problemas. -aseguró don Natalio. -Pero ahora lo que quiero es cogérmela, que es lo que íbamos a hacer con Álvaro cuando usted llegó, señora.

-Bueno, adelante. A mí me va a gustar mucho mirar cómo le dan verga. -dijo doña Lola, y me dieron verga. Yo en cuatro patas en la cama, con el pene del señor Álvaro en la boca y el de don Natalio en el culo. Por el rabillo del ojo veía a doña Lola observándonos y eso me calentaba todavía más.

“¡Ay, que me llenen de leche! ¡que me inunden, que me inunden!” pensaba mientras mamaba y sentía el pene del señor Álvaro yendo y viniendo por dentro de mi culo. Hasta que por fin la doble explosión y mucha leche en mi boca y en mi culo, y los dos hombres jadeando

como bestias y doña Lola que aplaude y ríe y yo de rodillas suplicando que me dejaran masturbarme mientras tragaba todo el semen que tenía en la boca.

-¿Usted qué opina, doña Lola? ¿lo dejamos que se masturbe?

-Sí, y miremos cómo se masturba la muy putita.

-Bueno, al baño en cuatro patas, Jorgelina. –dijo don Natalio tomando la cadena de mi collar.

Una vez en el baño y sentado en el inodoro de cara a la pared, ¡qué delicioso morbo masturbarme mientras ellos me miraban! Estaba tan caliente que no tardé mucho en acabar en la palma de mi mano izquierda.

-¿Puedo... me... dejan que, que beba mi... mi semen? –pregunté ansioso.

Ellos se miraron y se entendieron. –Sí, Jorgelina, adelante con esa lengua de putita. –me dijo don Natalio y entonces bebí todos esos goterones.

Bueno, ésta es mi vida. Soy la puta y la sirvienta de don Natalio, del señor Álvaro y de doña Lola, que me convirtieron de Jorge en Jorgelina, y yo feliz. Ya no podría vivir de otra manera. Soy esto.

Fin